

DIEZMA, OFICIO DE FANTASMAS

En la biografía de todo creador hay siempre un día de toma de conciencia, un descubrimiento que marca un antes y un después y cuya intensidad es tan poderosa que provoca a veces que las carreras artísticas -y hasta las vidas enteras- se conviertan en poco más que un intento de sostener la emoción que se sintió ese día. En el caso de Diezma ese descubrimiento fue doble, como un monstruo bicéfalo que mantiene vivos en un solo organismo a dos criaturas aparentemente irreconciliables: la primera es la seguridad de que el arte es la gran emancipación, la segunda el desprecio del artista romántico, del artista de la diferencia. La primera de las emociones ha llevado a Diezma a convertirse en uno de los técnicos más consumados del panorama actual. Y es que la manera más clara de emanciparse es conocer un oficio. Un oficio de fantasmas, claro, porque tal vez una de las cosas más inquietantes de la pintura es precisamente que no ha desaparecido aún, "su naturaleza fantasmal y su relación desquiciada con el tiempo presente" (Diezma dixit). La otra cabeza del monstruo, la del rechazo del romanticismo y la dialectica negativa, ha llevado a Diezma a convertirse en un pintor de género, un pintor de bodegones, de flores, una conciencia a la caza de la pintura popular más arcaica y arquetípica (¿qué es un bodegón sino una enunciación del estado del mundo, una listado de cosas existentes?). Para atacar al artista de la diferencia basta con repetir el gesto inverso, el gesto homogéneo, hasta que adquiera un sentido y habilite un espacio. Los bodegones de Diezma, los ramos de flores, son dos caras de la misma moneda de la pintura de género: con qué pudo contar y qué puedo considerar bello. Si la pintura tuviera que reducirse a dos preguntas esenciales no es improbable que fueran esas dos.

Pero en el caso de Diezma hay todavía una tercera dimensión importantísima; la moral. "¿Esto para qué sirve?" -tal vez la pregunta más común con respecto al arte

contemporáneo- no es aquí sino una pequeña parte de una pregunta inevitablemente materialista: "Esto, *¿a quien le sirve?*". Diezma no es un pintor político (lo político entraría en contradicción directa con la primera emoción de todas, la de la emancipación) pero sí un pintor moral, por eso hay una maravillosa adaptación de su discurso a la paleta tradicional española, la paleta de Zurbarán, la de Velázquez, la de Sánchez Cotán. Incluso si la decisión de adoptar la pintura barroca no hubiese sido algo perfectamente deliberado se puede decir que Diezma habría acabado llegando a ella de manera natural, igual que el peso de una fruta dirige la inclinación de una rama.

Los fantasmas son criaturas particulares: uno puede pasar a veces a su lado sin saberlo. Los cuadros de Diezma tienen también eso en común con los espectros. Una mirada distraída podría recorrerlos sin percibir nada demasiado inquietante pero cuando descubre que están, cuando se empieza a entender su dialéctica, ya no se puede olvidar su presencia, ni dejar de dialogar con ellos.

Andrés Barba